

Ciencia (económica), Naturaleza y género

Marcelo Segales Kirzner

Centro de Trabajo: Instituto de Desarrollo Regional. Fundación Universitaria. Universidad de Sevilla. Avenida San Francisco Javier, 24. E. Sevilla I, 41018 Sevilla.

Resumen

Si uno de los orígenes de la actitud hacia lo Natural que han tomado quienes buscan el conocimiento descansa en la internalización de ciertos dualismos oposicionales como naturaleza/cultura, público/privado, trabajo/ocio, etc., entonces el género es una categoría analítica clave para comprender por qué esos dualismos han alcanzado los objetivos de quienes lo promovieron.

En este sentido, el patriarcado se ha valido de un instrumento cuya misión no ha sido sino endurecer las condiciones de opresión de género: la ciencia. Así, la ciencia cumple su papel al ignorar diversas formas de búsqueda del conocimiento, como la afectiva y la espiritual, y en especial aquellas que se relacionan con la experiencia directa de las personas en el mundo y las de colaboración con la Naturaleza, excluyendo, de este modo, las prácticas cotidianas de no pocos pueblos en el planeta. Su estrategia consiste, en términos sencillos, en separar al ser humano de su origen (mater-madre-materia) con el objeto de acrecentar su poder y su control sobre aquellas personas no-blancas, pobres, mujeres, niños/as, ancianos/as y enfermos/as. Son especialmente relevantes las consecuencias que de estos planteamientos se derivan sobre la interpretación del fenómeno espacial, como ámbito social construido para desarrollar una única estrategia: el dominio androcéntrico sobre

los demás (desde el fulminante desarrollo del automóvil hasta la misma concepción del derecho, la geometría y la política).

El texto que se presenta a continuación propondrá algunas alternativas para que la ciencia económica, construida como paradigma de mecanismo para la legitimación del statu quo social y ecológico mediante el corte radical entre el “yo” del científico y el mundo que le rodea, dé un giro hacia el reconocimiento, no ya de actividades fuera del mercado, sino de una parte misma del ser humano que, actualmente, el discurso dominante no atiende. Para ello, será bueno repasar y repensar el pensamiento ecofeminista, uno de cuyos postulados es que las mujeres, por su especial socialización, son capaces de dar respuestas más eficaces para salvaguardar la vida en el planeta.

Palabras clave: género, objetividad, espacio, Naturaleza, ciencia, dominación

Índice

1. Introducción
2. La construcción de lo que nos rodea
3. Los géneros y el espacio
4. Ciencia, masculinismo y Naturaleza
5. Racionalismo y separación del sujeto científico
6. El sujeto económico como paradigma de la separación entre el yo y el universo
7. El punto de vista ecofeminista
8. Posdata: metodología, identidad y crítica de la crítica

1. Introducción

Antes que nada, será bueno plantear, desde el principio, el conjunto de ideas-fuerza sobre las que el texto hará hincapié, tres ideas fundamentales que se repetirán a lo largo de su desarrollo. Son las siguientes:

- El género, entendido como una construcción simbólica que contiene el conjunto de atributos impuestos a las personas a partir de la interpretación de unas diferencias psicofísicas moldeadas por procesos históricos y culturales (Lagarde, M. 2001) , es el elemento clave para entender cómo interpretamos y ejercemos la acción sobre lo que nos rodea, pues se conecta con las bases más profundas de lo que constituye nuestra identidad.
- La ciencia, entendida simplemente como la institución cuyo fin es la búsqueda de relaciones con objeto de hallar explicaciones de los fenómenos que se propone estudiar, es una de las instancias fundamentales mediante la cual se han moldeado nuestras relaciones con los demás seres vivos del planeta (Iriart, M.S. 2000). Para que se asumieran unos mecanismos que implicaron un determinado modelo de relación con la Naturaleza y el resto de los habitantes del planeta, la lógica científica se ha valido de metáforas sexuales. La economía es, quizás, el ejemplo más logrado de esto.
- Una ética verde y feminista puede aportar elementos que permitan superar ese modelo de relación con lo que nos rodea, pues, por un parte, arroja luz sobre las relaciones entre el género y la red de dominaciones

que constituyen el sistema patriarcal capitalista, y por otro, aporta al debate metodológico dinámicas radicales de transformación social.

2. La construcción de lo que nos rodea

Si como afirman algunas feministas, la heterosexualidad es uno de los códigos que conforman la dominación masculina, será interesante indagar cuáles son esos mecanismos de dominación y cómo afectan a las relaciones entre las personas y el entorno que perciben, en definitiva, el espacio, la Naturaleza y las formas de buscar el conocimiento.¹

El género no es un concepto fácil sino todo lo contrario, contiene múltiples significados. Por ejemplo, se encuentra moldeado por la etnia, la raza, etc., pero ello no le resta importancia ni lo relativiza a la hora de intentar explicar ciertos fenómenos, pues en cualquier cultura la diferencia de género es una manera axial con la que los humanos se identifican como personas, organizan las relaciones sociales y simbolizan procesos y acontecimientos (Harding, S. 1996).

En este sentido, hombres y mujeres no experimentan las mismas vivencias respecto de lo que les rodea, pues sus identidades están construidas sobre la base de la asignación del género en un proceso personal y cultural, por lo que la percepción y la creación de sentido están psicológicamente constituidas. Las personas se dotan de significados culturales a través de contextos individuales. El psicoanálisis, que ha estudiado desde siempre el mundo de lo sexual, ha

¹ En este sentido Mc Dowell cita a Bordo, quien afirma que “nos guste o no, en nuestra cultura las actividades están codificadas como masculinas y femeninas, y así han de funcionar dentro del sistema predominante de relaciones de poder y de género”.

creído ver que las experiencias corporales tempranas se convierten en paradigmas para buena parte de los acontecimientos subsiguientes y que la visión del despertar materno orienta las identidades de género.

Partiendo de esta base, debe decirse que el desarrollo de los géneros tiene que ver con una de estas experiencias corporales: la capacidad para percibir la realidad como algo “objetivamente” diferente a uno mismo. Al principio, el entorno del niño es una parte de él mismo, y la capacidad de objetividad no está aún desarrollada². A través de experiencias secuenciales de dolor y placer, el niño va aprendiendo a delinarse como sujeto distinto de su entorno, con el que se va relacionando, en un marco de intenso conflicto emocional. Al ser la madre la primera realidad que conoce fuera de él mismo, siente, por una parte un anhelo de autonomía y separación, y por otra, teme perder los vínculos mágicos que lo relacionaban con lo que él conocía, pues la distancia requerirá la pérdida de esos lazos. El niño reconoce dolorosamente la existencia de un mundo independiente de su voluntad, en donde los objetos pueden tener vida propia (Fox Keller, E. 1991).

Sin embargo, este proceso es diferente para hombres y mujeres. Siempre que las experiencias más tempranas de fusión tengan su origen en la relación madre/hijo, tal experiencia se identificará con lo femenino, y al contrario, las experiencias de distancia y separación lo harán con lo masculino³. Esa búsqueda afectiva y cognitiva de autonomía será la búsqueda de una

² Debe señalarse que, al mismo tiempo, las gestantes y recién paridas experimentan sensaciones parecidas, pues se desdibujan los límites entre su cuerpo y la noción que tienen del mismo (Mc Dowell 2000).

³ En el marco de la heterosexualidad del que se hablaba al principio del epígrafe.

referencia paterna (un principio de realidad), mientras que el deseo afectivo de desintegración de las fronteras entre sujeto y objeto se asociará a lo femenino. Sin embargo, este proceso diferencial de individuación no ocurriría de este modo si no estuviese influido por una inmensa máquina simbólica denominada ciencia, que contribuye a ratificar la dominación masculina en la que se apoyan los fenómenos más básicos y estructurantes de las identidades de las personas, concediendo un valor superior a la experiencia de objetivación asociada a lo masculino y uno inferior a la fusión entre sujeto y objeto, asociada a lo femenino. Pero éste no es sólo un modelo de relación con el mundo de los objetos en general, sino un modelo de percepción del tiempo y el espacio, en definitiva, de relación con los demás seres vivos que habitan el planeta. Por ejemplo, la forma cómo se interpretan unas diferencias anatómicas concretas “producen”, de algún modo, estas diferencias, pero sobre todo, las convierten en el fundamento de la apariencia “natural” de esa visión social, organizando esquemas cognitivos de acuerdo a esa visión naturalizada. La construcción de los géneros puede ser vista como una construcción social naturalizada, mediante una transformación de los cuerpos y de la psique (Bourdieu, P. 2000). En este sentido, el simbolismo de género asigna una serie de metáforas dualistas a unas dicotomías percibidas que no sólo no tienen que ver con diferencias sexuales, sino que ellas mismas las forjan. La estructura social generizada apoyada en el mecanismo de legitimación científico se encarga de organizar la actividad social asignando cargas y responsabilidades según estos esquemas.

Pues bien, todas estas características que jalonan el desarrollo afectivo y cognitivo de las personas adscritas a géneros construidos de forma dual y

opuesta, van a constituirse en el marco a través del cual se definen unas ciertas relaciones entre las personas y de éstas con la Naturaleza. El feminismo se ha dedicado a efectuar una densa crítica de las primeras, aunque no tanto de las segundas. En este sentido, la indagación sobre cómo estructuramos los objetos en el “espacio” se constituye en una aproximación al estudio de nuestras relaciones generizadas con lo natural.

3. Los géneros y el espacio

Se ha señalado que la forma que tienen los seres humanos de estructurar el espacio puede ayudar a las personas a entender cómo el género puede explicarles algo sobre las relaciones entre la sociedad y su entorno.

Para empezar, debe decirse que el espacio es, antes que nada, un ejercicio de acción sobre los objetos y no su simple lectura (Hall, E.T. 1973). En este sentido, los seres humanos producen el espacio en donde actúan en función de sus circunstancias materiales de existencia, así como han producido las diferencias gracias a las cuales se naturalizan los fenómenos genéricos. De este modo, el espacio es una construcción artificial e histórica, es decir, es la forma cómo los seres humanos se representan la organización del mundo en estructuras que puedan entender. Y esos códigos son producto del sistema de dominación, aunque a la vez contribuyen a reforzarlo. La idea fundamental es que el espacio (y el tiempo) responden a mecanismos diferentes en uno y otro género, no debido a diferencias biológicas, sino a diferencias biopsicológicas que provienen de experiencias sociales distintas. El espacio es, en definitiva, un lenguaje simbólico mediante el cual puede interpretarse cómo se han

forjado las identidades personales, fuertemente influidas por el género (Vianello, M. y Camarazza, E. 2002).

De este modo, las circunstancias materiales han moldeado un escenario en donde el género masculino se representa el espacio como un aparato para ejercer la dominación mediante la planificación de una actividad, y su ejecución mediante una estrategia. En este sentido, su actividad por excelencia ha sido la caza, la etapa más larga de la humanidad sobre la Tierra. Su sentido simbólico, es decir, el constituir un rito de iniciación para ingresar en un mundo paralelo y trascendente, es lo esencial, y responde a la idea de una “compensación sangrienta” respecto del acto de dar vida de las mujeres mediante su opuesto, es decir, eliminándola. Así, los hombres fueron desarrollando las habilidades cognitivas óptimas para especializarse en esa actividad, preparando el terreno para constituir un pacto entre ellos que excluyese a las mujeres de su ejercicio y de la vida pública en general. Los hombres crearon, en paralelo a la creación “natural” de las mujeres, un universo que impusieron como superior (lo cultural, lo público), creando las circunstancias para despreciar lo privado, lo íntimo y lo no exterior. De este modo se construyó la dicotomía naturaleza/cultura a la vez que el universo femenino quedaba bajo control del masculino (Vianello, M., Camarazza, E. 2002).

La principal característica de la interpretación del fenómeno espacial para el género masculino es que le permite orientar sus actividades como un impulso hacia lo exterior, con lo que desarrolla una especial capacidad para la estrategia, es decir, la ordenación de los elementos con el único fin de alcanzar unos objetivos previamente establecidos. Por otra parte, contiene un elemento jerárquico, es decir, subordina los elementos a sus intereses, lo que convierte

la objetividad y la racionalidad en unos valores clave. En este sentido, se ha identificado lo masculino con lo cultural, trascendente, abstracto y distante, la generalización y el poder reflejado en el espacio⁴ en función de un proyecto.

Al mismo tiempo, la circunstancia social impuso a las mujeres una representación del espacio con otro tipo de características, que la obligaron (y ahora la predisponen) a orientar sus actuaciones hacia lo interior, lo relacional, lo empático, lo corporal e íntimo, concentrando sus actividades en el presente y en lo concreto. En este sentido, sus movimientos parecen inclinarse en mayor medida hacia la salvaguarda de la vida, lo que las hace especialmente activas para defender los intereses de sus comunidades, por ejemplo en materia ambiental. Comenta Brú que las movilizaciones de mujeres en defensa de los derechos ambientales de sus comunidades desbordan lo que tradicionalmente es su espacio, más allá del ámbito de sus hogares, trasladando actividades privadas a la calle, mientras se disuelven los usos de los espacios y los tiempos tal como los entienden los hombres (Brú, J. 1996). Por tanto, a diferencia de la representación estratégica, el género femenino interpreta el espacio en términos de relación, protección y afecto (Bosch, A., Carrasco, C., Grau, E. 2004). Esta dualidad no es “natural”, sino el resultado de la distinta experiencia de las personas en el mundo y de las relaciones de poder establecidas sobre la base, entre otras cosas, del género.

Como conclusión, el género masculino ha entendido el espacio como una forma de pensamiento-acción similar al que la religión impone desde el altar (otro *topos*) al territorio que le rodea, es decir, de conquista, generando con órganos artificiales productos de la Razón que, a su vez, forman parte de su

⁴ El falo es su símbolo de potencia, de poder, y eso se asocia inmediatamente al espacio (exterior), no así la vagina, que permanece oculta.

Historia. Las armas, las guerras, la geometría, el derecho y las ciudades, son productos del desarrollo del poder en el espacio, de la lógica territorial del hombre. Más en general, puede afirmarse que el proyecto de ciencia se ha construido en torno a estos imaginarios, convirtiéndose mediante su brazo ejecutor, la tecnología, en una de las principales palancas de acumulación y control políticas y sociales. Su misión de dominación de la Naturaleza para conseguir un acceso desigual de las personas a lo que ella llama “recursos naturales”, se estructura como una forma de interferir en el espacio. En este sentido, el automóvil es, por excelencia, producto estrella de la tecnología, símbolo del capitalismo masculino y el elemento conocido que mayor impacto espacial posee actualmente.

Ciencia, masculinismo y Naturaleza

El proyecto científico emergió de la confluencia de las fuerzas sociales representantes del incipiente capitalismo mercantil y de la reforma religiosa que causó un serio debate sobre el origen del conocimiento, debate que cuestionaba, desde un punto de vista teológico, la manera de interpretar los fenómenos y de conocer sus causas. Sin embargo, la ciencia se separó prontamente de sus raíces teológicas, desarrollándose al amparo del pensamiento “objetivo”, “racional” y libre de “supersticiones” (Iriart, M.S.2000).

En este sentido, fueron tres las principales fuerzas que modelaron la construcción del método científico inaugurado durante la Ilustración, pero concebido durante los siglos anteriores. Por una parte, la aparición de la racionalidad burguesa cuyo objetivo era el control social de sus adversarios, a través de la apropiación de su tiempo y de su energía vital. Por otra parte, el

imperialismo ecológico y biológico europeo, como forma de imponer la opresión cultural europea sobre las demás regiones del planeta. Por último, la extensión del patriarcado. La dialéctica social de estas tres opresiones estructurales ha logrado imponer un modelo de ciencia que representa un determinado tipo de pensamiento, el “pensamiento opresor” (Gil de San Vicente, 2005).

De este modo, la cosmovisión que propició el cambio de paradigma en la búsqueda de conocimiento tuvo mucho que ver con la extensión del patriarcado, puesto que, entre otras cosas, su imposición se vio reforzada por la asunción de un conjunto de dicotomías imprescindibles para su desarrollo, a través de metáforas sexuales. En este sentido, debe afirmarse que el cosmos se sintió, durante la Edad Media, como un inmenso organismo donde todo lo conocido formaba parte. Los seres humanos, desde tiempos inmemoriales, habían vivido cotidianamente relacionados con lo natural en una relación de colaboración. Esta visión organicista del universo enfatizaba la interdependencia entre personas y Naturaleza y la concepción de ésta como un organismo vivo. La Naturaleza se tenía como una madre que nutría a sus hijos, quienes, salvo raras circunstancias, debían respetarla (Merchant, C. 1996). Dentro de esta tradición se encontraban los alquimistas seguidores de la obra de Paracelso. El tumultuoso cambio que se produjo a mediados del SXVII hacia una visión más reduccionista del empirismo alquimista, dio origen a un cambio en la visión del universo que tendió más hacia el orden y el mantenimiento del statu quo. La diferencia fundamental entre la nueva visión, encarnada en figuras como Descartes y Bacon, y la visión de Paracelso, estribó en la definición operativa del poder que cada uno utilizaba (Fox Keller 1991).

Así, la metáfora del poder y del conocimiento alquímico era el coito, la unión o conjunción de mente y materia, masculino y femenino. En cambio, en la nueva visión de Bacon, el ideal era el hombre viril que pusiera, mediante un maridaje “casto y legal” a la Naturaleza en su lugar, con el objeto de dominarla y sonsacarle sus verdades. En un caso se subrayó la colaboración; en el otro, la dominación. En un caso la visión del cosmos era organicista; en el otro, comenzó a ser mecanicista.⁵

En este sentido, Naredo señala que “el todo, que en el enfoque organicista anterior era la razón de ser de las partes, perdió su propia entidad para convertirse en un simple agregado al que se le pensaba acceder cómodamente a través del análisis parcelario, análisis que sacrificaba la diversidad e interrelación de las partes con su entorno, para abstraer los rasgos de un comportamiento mecánico que permitiera su manipulación aislada” (Naredo, J.M. 1987, página 19). Para ello se buscó apoyo en la matemática, agudizando la separación del hombre con su entorno natural y negando parte de la experiencia humana. La estructura de la ciencia económica, construida alrededor del siglo XVIII es reflejo e impulsora de esta visión de la realidad pues la idea del *homo economicus* encajaba perfectamente con la filosofía mecanicista.

Todo este proceso dio como resultado que el conocimiento espiritual pasara a estar fuera del conocimiento “adecuado” de la nueva ciencia. Los límites de la buena investigación no admitieron la conjunción de espíritu y materia y del erotismo de la relación “sexual” entre ambas. El poder del amor fue desechado

⁵ Ibáñez habla de la entrevista como una “caza de almas” y de la encuesta como una “caza de cuerpos”. Numerosos estudios etnográficos también hablan de la “caza” como un acto sexual dominado por los hombres, y, a su vez, de las relaciones sexuales en términos de “caza”. Es evidente cómo la metodología científica expresa sus metáforas en términos claramente sexuales.

y se atribuyó a las mujeres los caracteres femeninos de subjetividad, pasión e imprevisibilidad, construyéndose una fuerte ideología de la feminidad. De este modo se las excluyó de la generación del conocimiento.

Por otra parte, el universo se convirtió en un objeto desacralizado mientras la ciencia se volvía un dogma de generación de verdadero conocimiento, que dio origen a “la muerte de lo natural” (Merchant, C. 1999), pues esta desacralización permitió a los hombres dominar a lo natural, combinando el optimismo por el progreso y el afianzamiento de la lógica patriarcal. Para las mujeres, vistas como más próximas a lo natural debido a sus funciones fisiológicas, este cambio en el concepto de la Naturaleza no pudo provocar más que dificultades añadidas en su desenvolvimiento social (Shiva, V. 1995). En este sentido, las metáforas de dominación de la Naturaleza por parte de Francis Bacon no fueron menos reales que la del universo como una inmensa máquina regulada por leyes universales que podían inquirirse mediante la Razón.

Así, las metáforas de género se utilizaron, en parte, para volver más atractivas para los hombres las nuevas concepciones de lo natural y de la investigación, ya que el organicismo no era congruente con las nuevas aplicaciones tecnológicas y los resultados de los nuevos “hallazgos” (Harding, S. 1996); y en parte, como modo de interiorizar unas prácticas genéricas y generizadas que intensificaran la identificación de las mujeres con lo natural, asignando lo científico (lo objetivo, lo imparcial, la investigación seria) a lo masculino, y establecer una relación de dominación y de jerarquía entre ambas. Las metáforas, en este sentido, tuvieron la sensacional labor de crear en el imaginario colectivo la generizada asociación del sujeto científico con el ideal

masculino superpuesto a la imagen de la Naturaleza como una mujer sojuzgada, pasiva e inferior. Esta concepción de lo natural vinculado a lo femenino reforzó la dominación de todo lo que no cumpliera con el ideal masculinista, abarcando la dominación de género, étnica, racial y cultural. De forma paralela, todas las cualidades asignadas a las mujeres fueron desterradas de la búsqueda del conocimiento, reforzando la visión mecanicista del universo y volviendo a excluir a las mujeres de un mundo paralelo creado por hombres (Hekman, S. 1992).

Racionalismo y separación del sujeto científico

El otro pilar fundamental del desarrollo de la nueva ciencia durante los siglos XVII y XVIII fue la filosofía cartesiana. El universo, para Descartes, podía ser explicado como si fuera un inmenso mecanismo, basándose en la razón como única y suficiente fuente de conocimiento, capaz de construir certezas con independencia de pruebas empíricas

Así, la mente idealizada pasó a ser el único sujeto existente. Como se ha sugerido, esa separación radical entre este “yo” y el universo es reflejo de la ansiedad del hombre por su separación de la matriz materna, el deseo de identificación con el padre y de negación de la madre. La consecuencia de esta plataforma de conocimiento ha sido el desprecio por formas de inquirir la Naturaleza basadas en experiencias sensoriales y emocionales personales o la integración de sujeto y objeto, la espiritualidad y el erotismo, propios de la investigación previa al cartesianismo y, actualmente, de numerosos pueblos del planeta. Así, se negó la experiencia corporal más directa, sensual y emocional,

propias de una visión organicista en donde sujeto y objeto se integrasen: esta forma de buscar el conocimiento, devaluada, se atribuyó a las mujeres y a los pueblos no blancos del planeta.

En definitiva, la autonomía, el racionalismo y la objetividad, interpretados como características masculinas, descartaron toda posibilidad de búsqueda del conocimiento mediante la colaboración con la Naturaleza, subrayando el dualismo de ésta con la "cultura". La única forma de conocimiento "válido" sería ejercida, por tanto, mediante la radical separación de un yo idealizado y el mundo y la dualidad sujeto-objeto. En este sentido, puede afirmarse que existió una evidente relación entre el tipo de individuos que necesitaba el sistema capitalista de producción y las identidades sexuales que debían moldearse (Harding, S. 1986).

Pero la ciencia no tiene por que ser necesariamente así, es decir, no tiene por qué existir una contradicción entre la naturaleza del pensamiento humano y la supervivencia planetaria. En realidad, aunque la ciencia se ha venido presentando como un instrumento objetivo y universalmente válido de llegar a descripciones y explicaciones acerca de cómo es la Naturaleza, lo cierto es que los modos de investigar (el qué, el cómo y el quién) han cambiado a lo largo de la historia y pueden dejar de ser una palanca de la dominación masculina sobre las mujeres y la Naturaleza. En este sentido, debe recordarse que, como se ha esbozado, sus "hallazgos" no han sido tales, sino más bien construcciones mentales que emergieron de un determinado contexto y se impusieron a otras construcciones.

El sujeto económico como paradigma de la separación entre el yo y el Universo

Se ha visto cómo el ideal de ciencia y de científico que la sociedad occidental ha construido y sobre el que se han apoyado las metodologías de búsqueda del conocimiento, es un ideal fuertemente generizado. También se ha mostrado que ese ideal se apoya en una serie de dicotomías fuertemente implantadas en el imaginario colectivo. De forma paralela, el cambio en la relación entre el ser humano y lo Natural sufrió una transformación a la vez que surgieron estas nuevas metodologías y el capitalismo mercantil, posteriormente industrial y de consumo, se expandió para impregnar, finalmente, las sociedades actuales.

En este contexto, la ciencia económica convencional basó sus postulados en una serie de dualismos fuertemente generizados: económico/no económico, mercado/hogar, trabajo/no trabajo, producción/reproducción. Aquellos extremos asociados a lo masculino se valoraron positivamente (los primeros), al contrario que los asociados a lo femenino (los segundos), que se menospreciaron.

Por otra parte, no fue otro momento que el del resurgimiento de los valores masculinos de la ciencia objetiva, cuando la relación con lo Natural se transformó, adquiriendo las catastróficas consecuencias que actualmente posee. La separación del sujeto del mundo, es, en este sentido, una inmensa máscara que esconde la separación del ser humano de sus orígenes, y el corte del cordón umbilical que lo une al planeta es el mismo que el que le une con su mater/madre. Desde el punto de vista de la teoría económica, la autonomía del sistema económico es, asimismo, falsa, pues el sistema depende del trabajo gratuito de la Naturaleza y de las mujeres para su supervivencia. Y esta falsa autonomía no es más que una metáfora de la falsa autonomía del sujeto

económico de su entorno físico, e incluso del sector masculino de la población respecto del femenino. El sujeto económico (hombre) se ha distanciado de lo que lo rodea, para ingresar en un mundo matematizado, abstracto, pasivo y controlable, despegado de lo natural, y de lo material, y la sociedad patriarcal capitalista ha sido construida como si los límites ecológicos no existiesen o no se aplicaran a los sujetos que crea.⁶

Como se ha visto, la individuación o separación del mundo es visto como algo positivo, y en la ciencia se interpreta como objetividad, separación del objeto de estudio. Empatizar o emocionarse con el objeto de estudio contamina el análisis: es una posibilidad que se excluye de antemano. En este sentido, Samuelson afirma que “para averiguar cuál es el mejor camino para lograr el progreso económico se necesitan cabezas frías, que sopesen objetivamente los costes y beneficios de los diferentes enfoques, tratando todo lo que sea humanamente posible de impedir que los sueños influyan en el análisis” (Samuelson, P., Nordhaus, W. 1999, página 6). Es sinceramente muy difícil resumir en tan pocas palabras la carga que la ciencia económica impone a quien investiga.

Por lo tanto, si la economía ayuda al sujeto económico a decidir entre fines alternativos para maximizar la utilidad (rentabilidad), entonces se adopta la postura de distanciamiento de lo que le rodea, pero sobre todo, de sí mismo, de sus emociones, su infancia y sus vínculos con lo Natural. Y no es difícil comprender ciertos valores atribuidos a este sujeto en los mercados, como su egoísmo, si nunca se ha planteado la conexión con los seres que le rodean y

⁶ Para hacerse una idea de la distancia entre el ser humano y su entorno, se ha calculado la “mochila ecológica”, indicador que mide todos aquellos insumos necesarios para fabricar, utilizar y eliminar un producto. Por ejemplo, un PC que pesa 22 kilos acumula una “mochila” de 14.000 kilos hasta que está listo para la venta, y 7.000 kilos una vez puesto en funcionamiento. Cano Orellana (2004).

consigo mismo. Es decir que, por una parte, no se considera a los seres humanos en su relación con el mundo, sino a distancia de él, sonsacando a la Naturaleza (y a las mujeres, pobres, etc.) sus dones y su trabajo, ocultando sus costes e ignorando sus límites (sociales y ambientales); y por otra, se desprecian fuentes de satisfacción no materiales. No es casual, de este modo, que la economía convencional no tenga en cuenta ni a la Naturaleza como suministradora de recursos y receptora de residuos, ni a las mujeres, que sustentan con su esfuerzo el cuidado de la vida, del cuerpo y de la reproducción de los seres humanos. Al ocultarse la contribución de las mujeres (y la Naturaleza) a lo que la ciencia llama “sistema económico”, se hace sobre la base de estos axiomas, de tal forma que los beneficios del capital no son más que degradación de lo natural y trabajo gratuito de las mujeres. Sobre estas bases, la ciencia económica no ha hecho más que construir modelos androcéntricos desarrollando ciertas tendencias humanas muy sesgadas, como la búsqueda del interés o del bienestar material pero ocultando otras, de forma claramente interesada, contribuyendo, de ese modo, a la opresión de género.

El punto de vista ecofeminista

Partiendo de esta base, la búsqueda del conocimiento debe redefinir qué es conocimiento, para qué se conoce y cómo o con qué instrumentos se debe buscar el conocimiento. Por ello, se afirma que una alternativa al actual desarrollo de la violenta metodología de la ciencia moderna, se constituye a partir de postulados verdes y feministas. En este sentido, debe señalarse que es necesario introducir una ética ecológica de la investigación. Quizás, como afirma Holland-Cunz, si la relación de género es lo inconsciente de las teorías

materialistas, la relación con la Naturaleza lo es de las teorías feministas (Holland-Cunz, B. 1996).

El ecofeminismo es una corriente que postula que el estudio de las interrelaciones entre las lógicas de dominación de las mujeres y el resto de “otros” del discurso social dominante y la Naturaleza por parte del hombre, puede arrojar luz sobre su origen y sus consecuencias, así como sobre los modos para luchar contra ellas. Afirman así que las formas que adopten las luchas contra el deterioro ambiental y el patriarcado deberán tener en cuenta este debate. Como señala Karen Warren “la Naturaleza es un asunto feminista” (Warren, K. 2000). Pues no se trata de que la opresión de género sea más importante que otras formas de opresión, sino de que el género sea la categoría analítica fundamental a partir de la cual se acometa el estudio de todos los sistemas de dominación establecidos para el control social de estos “otros” (Warren, K. 2000).

Según numerosas autoras ecofeministas, una ética verde y feminista debe basarse en una serie de premisas. En primer lugar, debe tratarse de una ética feminista que se articule plenamente con los contextos culturales en donde se desarrolle. Debe tratarse, en todo caso, de una ética hija del escenario cultural y territorial en donde aparece. Debe ser, además, una ética que se integre de las vivencias de las minorías silenciadas de la “Historia” desde la perspectiva dominante (Holland-Cunz, B. 1996), aunque sin despreciar valores que pueden ser base de análisis en determinados contextos. Debe ser, por otra parte, una ética relacional, pues debe tomar como eje central de sus actitudes hacia lo natural una serie de valores menospreciados por el discurso dominante, valores de confianza, amistad, cariño, erotismo, etc. Por último, debe tratarse

de un discurso que resitúe la racionalidad en unos términos que no la degeneren hasta la perversión. En este sentido, debe valorar la inteligencia, tanto racional como emocional, como una virtud más completa y compleja que la simple máquina racional.

Las consecuencias que se derivan de la práctica de estos valores llevan a una epistemología radicalmente diferente a la que ampara los actuales desarrollos del método científico. En primer lugar, una perspectiva verde y feminista de búsqueda del conocimiento intenta abrir la percepción para captar aspectos fundamentales de la vida que fueron excluidos del campo cognitivo de las personas. La búsqueda del conocimiento será, entonces, dinámica, y se hallará en función de cada contexto cultural. Por tanto, será una epistemología holística que incluya la perspectiva de los “otros” del discurso social dominante. En este contexto, la introducción de la afectividad y el erotismo en el proceso de conocimiento desdibujará la distancia entre sujeto y objeto, pues se considera que ambos se construyen mediante el acto de conocimiento.

En este sentido, para la ciencia económica el desafío de romper con la epistemología convencional es enorme. Sin embargo, se pueden esbozar algunas tareas fundamentales. Así, el estudio de lo económico debe partir de la relación entre la humanidad y los ecosistemas en donde se encuentra inmersa. De este modo, la economía puede aproximarse a una especie de materialismo profundo que estudie las estructuras de explotación necesarias para que la vida humana sea posible diariamente. No se trata sólo de añadir la explotación de género a la de clase, sino de resignificar la matriz de opresiones en términos de supervivencia del planeta. No se trata meramente de añadir al término “economía” lo que se halla fuera del mercado, sino de construir un modo de

relación entre los seres humanos y la Naturaleza que de pie a una construcción teórico-práctica que no entre en contradicción con aquella (Mellor, M. 1997).

Por último, la introducción de estas preocupaciones en las investigaciones económicas, puede llevarse a cabo mediante el estudio de lo que algunos autores llaman la “perspectiva de la subsistencia”. Este análisis englobaría una serie de conceptos menospreciados por el actual paradigma de la teoría económica, pues expresan valores que orientan la vida de un modo diferente, no meramente como la búsqueda de unos incentivos monetarios, y que tienen una historia enraizada en la conexión del ser humano con la Naturaleza (Mies, M. 1999). Estos conceptos tienen que ver con la supervivencia de la especie y son aquello identificado como “pobreza” por el discurso dominante del desarrollo económico a cualquier precio, pero que, para las víctimas de la búsqueda de este desarrollo, significa autosuficiencia y seguridad física en el marco de la biodiversidad. Este análisis integraría, por lo tanto, las preocupaciones sobre el entorno físico e incorporaría el género como categoría analítica explicativa relevante, integrando en su metodología una epistemología radicalmente opuesta a la que actualmente demarca el objeto a estudiar por parte de la ciencia económica convencional.

Posdata: metodología, identidad y crítica de la crítica

Un debate epistemológico interesante articulado sobre todo lo mencionado es si existen metodologías más apropiadas que otras para el análisis feminista.

Según Quintero, cuando las mujeres comenzaron a ser objeto de investigación se intentó demostrar su presencia (ausencia) en ciertos ámbitos. Sin embargo, amplias corrientes dentro del feminismo criticaron este ejercicio de

cuantitativismo por considerarse demasiado apegado a las clasificaciones duales del discurso social dominante. De este modo, antes de contar a las mujeres (objetos preconstruidos desde el patriarcado), había que interrogarse sobre todas las asunciones detrás de la construcción de “las mujeres” como grupo social y de “mujer” como categoría universal. Una de las cuestiones planteadas fue el debate entre métodos de investigación cualitativa y cuantitativa (Quintero, S. 1999).

A diferencia de las técnicas más “duras”, una metodología más sensible a lo femenino debía poder entablar unas relaciones empáticas con su objeto de estudio, y está bastante aceptado que un trabajo de campo detallista, cualitativo, a pequeña escala y en profundidad, se adapta mejor a las investigadoras que estudian a las mujeres. En general, los estudios de caso permiten establecer una relación menos explotadora y más igualitaria entre la investigadora y los sujetos participantes, pues las relaciones que se crean entre la persona entrevistadora y sus informantes no son un obstáculo sino una de las partes más valiosas del proceso investigador. En definitiva, debe engendrarse conocimiento a partir de la permanente autocrítica de las relaciones de poder subyacentes en nuestras sociedades (Mc Dowell, L. 2000) y no meramente identificar los atributos de esa investigación a los de la feminidad construida por el patriarcado. Por otro lado, se trata de sacar a la luz metodologías de conocimientos que han sido sojuzgados por las epistemologías derivadas de las formas masculinas de definir el conocimiento y de hacer ciencia.

Sin embargo, de aquí no debería deducirse que existe un punto de vista “de las mujeres”, que sólo las mujeres, insiders naturales, deben sacarlo a la luz, y que

las técnicas cualitativas son más propicias. Estudiar a las mujeres contribuye a mejorar su posición, su identidad y su estimación. Pero es evidente que las mujeres no pueden ser solas la fuente de la representación de lo femenino pues, como se ha dicho, la existencia de una matriz de opresiones que incluye la raza y la clase hace que la conciencia de género entre las mujeres pueda responder a la situación particular de las mujeres de la sociedad occidental, aunque no debe alimentarse un “escepticismo sobre el género” (Hawkesworth, M. 1999). En definitiva, es una ardua tarea del feminismo la de estudiar cómo se resignifican las relaciones de poder al verse cruzadas por identidades de género y relaciones asimétricas entre grupos sexados.

Bibliografía

Bosch, A., Carrasco, C. y Grau, E. (2004): “*Verde que te quiero violeta*”, IX Jornadas de Economía Crítica, Barcelona.

Bourdieu, P. (2000): *La dominación masculina*, Anagrama, Barcelona.

Brú, J. (1996): “*Las movilizaciones medioambientales desde una perspectiva de género: tres casos de estudio en Catalunya, Andalucía y País Vasco*”, Mientras Tanto nº 35, Madrid, (páginas 61-82).

Cano Orellana, A. (2004): *Economía y sostenibilidad en las grandes aglomeraciones urbanas*, Sevilla Global S.A.M., Sevilla.

Chodorow, N. (1989): *Feminism and psychoanalytic theory*, Yale University Press, New Haven.

England, P. (2004): *El yo divisorio: prejuicios androcéntricos de las hipótesis neoclásicas*, Cátedra, Valencia, (páginas 59-82)

Fox Keller (1991): *Reflexiones sobre género y ciencia*, Alfonso el Magnànim, Valencia.

Gil de San Vicente (2005): “*Emancipación nacional y praxis científico-técnica*”, www.rebellion.org

Hall, E.T. (1973): *La dimensión oculta: enfoque antropológico del uso del espacio*, Madrid.

Harding, S (1996): *Ciencia y feminismo*, Morata, Madrid.

Hawkesworth, M. (1999): “*Confundir el género*”, Debate Feminista, año 10, volumen 20, Metis, México.

Hekman, S. (1992): *Gender and knowledge*, Cambridge Polity Press, London.

Holland-Cunz, B. (1996): *Ecofeminismos*, Cátedra, Madrid.

Iriart, M.S. (2000): “*In the shadow of enlightenment*”, Ecofem eJournal

Lagarde, M. (2001): *Género y feminismo: desarrollo humano y democracia*, Horas y Horas, Madrid.

McDowell, L. (2000): *Género, identidad y lugar*, Cátedra, Valencia.

Mellor, M. (1997): “Un socialismo verde y feminista: la teoría y la práctica”, *Ecología Política*, nº 14, Madrid, (páginas 11-22).

Merchant, C. (1996): *Earthcare: woman and environment*, Routledge, London

Mies, M. (1999): *The subsistence perspective: beyond the globalised economy*, Zed Books, London.

Naredo, J.M. (1987): *La economía en evolución*, Siglo XXI, Madrid.

Nelson, J. (2004): “*¿Estudio de la elección o estudio del abastecimiento? El género y la definición de economía*”, Cátedra, Valencia, (páginas 39-58).

Pérez Orozco, A. (2004): “*Estrategias feministas de reconstrucción del objeto de estudio de la economía*”, IX Jornadas de Economía Crítica, Barcelona

Quintero, S.: "Los métodos en debate: la marca de los dualismos en la geografía feminista", *Documents d'Anàlisi Geografica*, nº35, Barcelona, páginas 147-164.

Sahlins, M. (1983): *Economía de la edad de piedra*, Akal, Madrid.

Samuelson, P., Nordhaus, W. (1999): *Economía*, MC Graw Hill, Madrid.

Shiva, V. (1995): *Abrazar la vida: mujer, ecología y supervivencia*, Horas y Horas, Madrid

Vianello, M. y Camarazza, E. (2002): *Género, espacio y poder*, Cátedra, Valencia.

Warren, K. (2000): *Ecofeminist philosophy: a western perspectiva on what it is and why it matters*, Rowman and Littlefield, Lanham